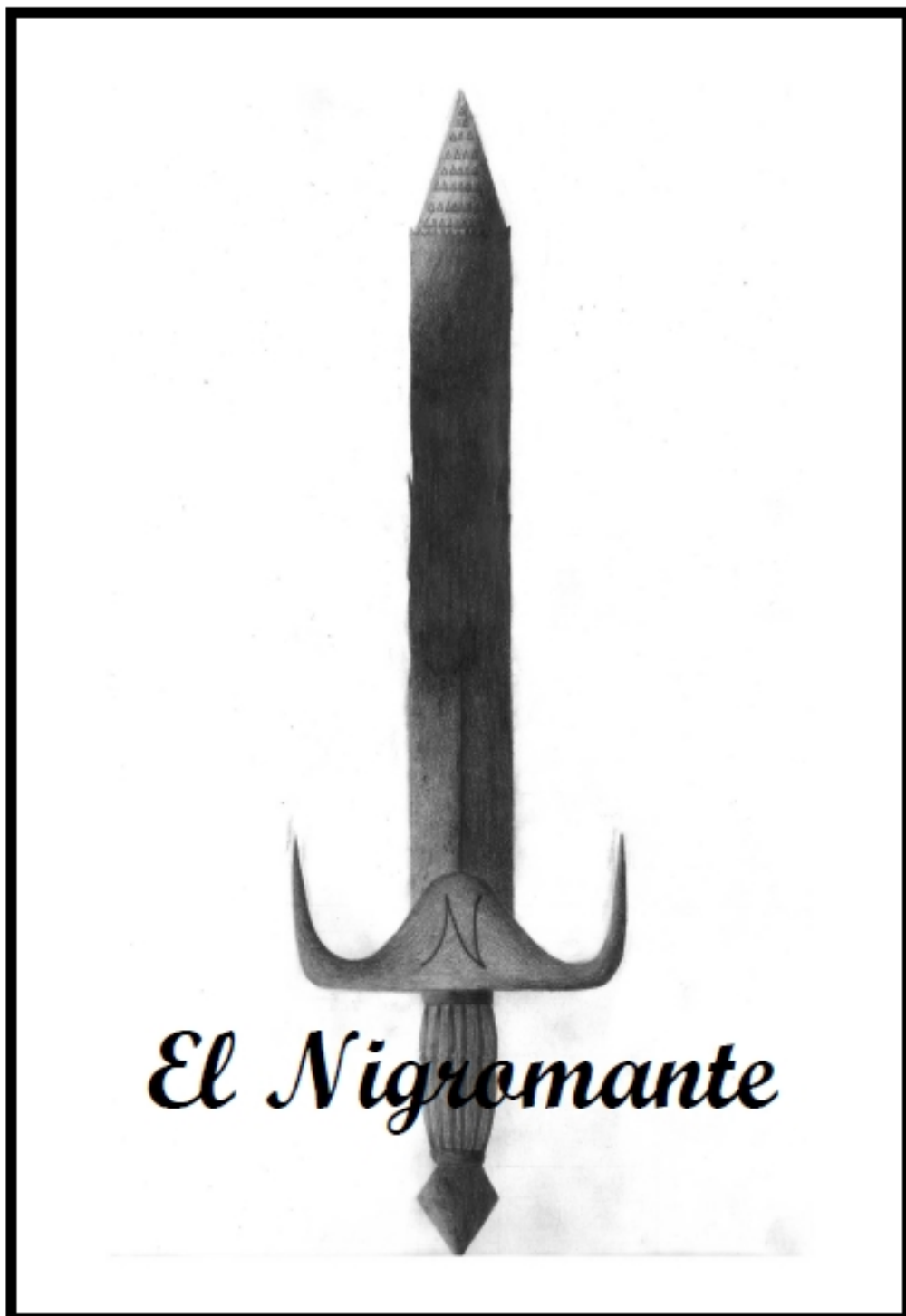


El Nigromante

Heisenberg (Jaime Rodríguez)



Capítulo 1

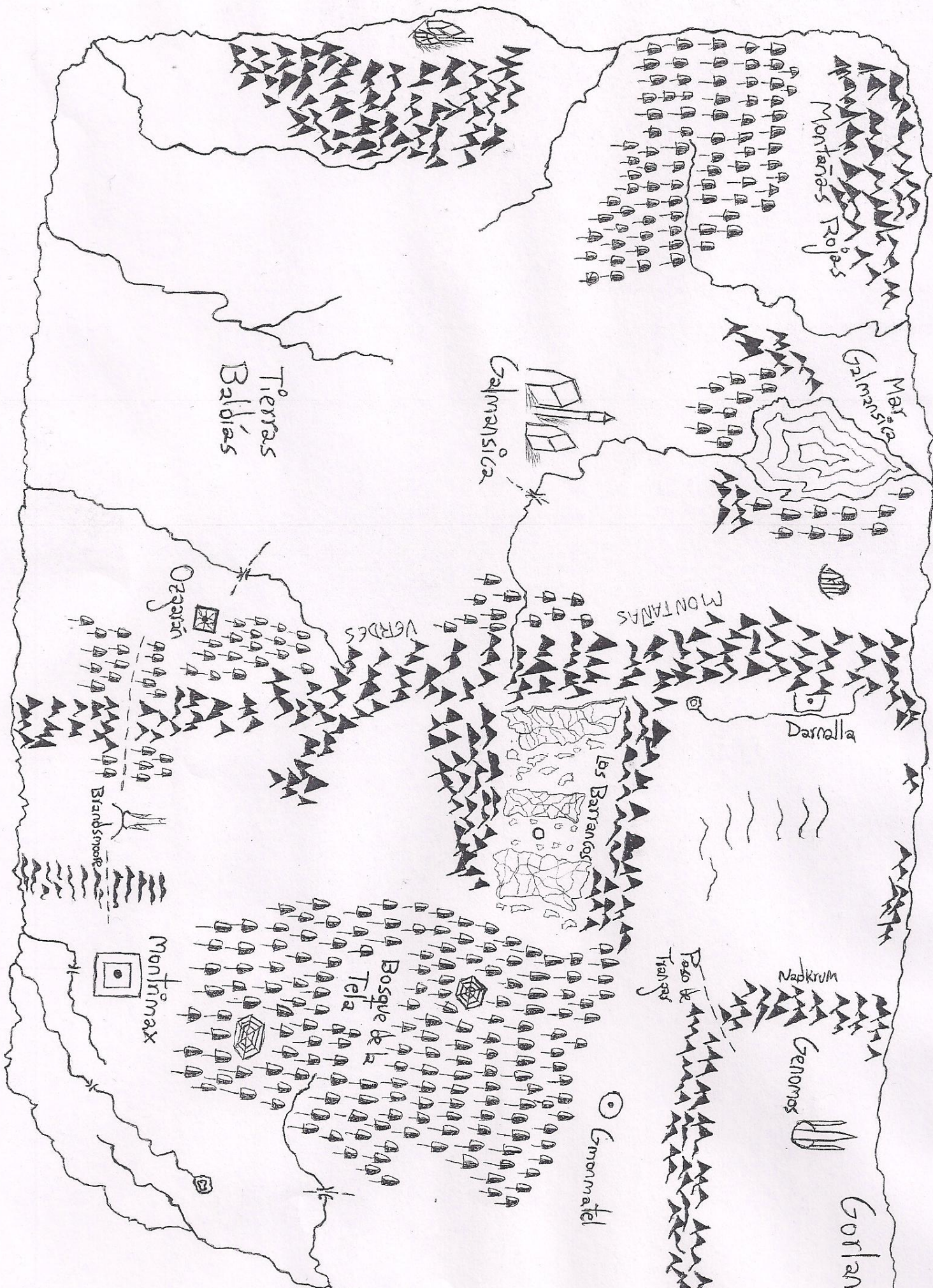
Prólogo

Tregua. La guerra que asola las tierras occidentales del continente de Arnal se detiene por una inesperada tregua establecida por su principal impulsor, el Nigromante Dharrku, quien, desde su Torre Oscura, en el antiguo reino de su amo, Gorlank, se había alzado años atrás con el objetivo de continuar el vil propósito de este. En consecuencia, las distintas razas y ciudades enfrentadas con el Nigromante entrarán en un periodo de conformidad, buscando alejarse todo lo posible de una nueva guerra y de prolongar la tregua, aunque ello suponga dejar completa libertad al Nigromante para aumentar sus fuerzas.

No obstante, de todos ellos, un mago, conocedor de los más oscuros secretos de su enemigo, y portador de su punto débil más importante, no se doblegará a esta situación y hará todo lo posible por realizar una acción contra él.

Esta es la historia de cómo un grupo de personas, años después de la proclamación de la tregua y más allá del miedo y la congoja, hicieron frente a la tiranía y al conformismo de cuantos aún se proclamaban, en vano, enemigos del Nigromante.

Capítulo 2



1. La Araña Negra

Verano del año 4917 d. m. A

Ozgaran era una pequeña aldea situada en las lindes de un profundo bosque que nacía en las faldas occidentales de las Montañas Verdes y toda ella estaba rodeada de una extensa y alta muralla de madera. Las calles estaban realizadas a base de cantos rodados y se extendían por toda ella como una abominable masa de tentáculos. Los edificios presentaban bastante altura y estaban contruidos a base de piedra, madera y barro, así como rematados por techumbres a dos aguas. Precediendo las entradas de algunos de ellos se alzaban soportales con pilares de madera desgastada posados sobre un plinto de granito, que sustentaban un entablamento sencillo de igual carcomido material, y, en ocasiones, dichos soportales recorrían toda la facha del edificio, creando una especie de claustro, si bien esto era más frecuente de encontrar en la plaza principal.

Aquellos edificios servían como vivienda y como establecimiento, siendo abundantes los albergues y posadas, pero escasos los negocios. De todo ellos, el más famoso y frecuentado era la taberna de La Araña Negra.

La taberna mostraba un espacio rectangular que destacaba por la larga barra de madera que la atravesaba y por su notable tenebrismo, provocado por las pipas que la gente fumaba y por las velas dispuestas en esta y en mesas. Luego, una zona de hospedaje en los dos niveles superiores la remataba. La mesa principal estaba repleta de gente, con el hostelero sirviendo cervezas y comida a algunas otras. En una de ellas estaba, solitario y pensativo, Moriar, un anciano delgado y alto, con una larga cabellera y un rostro pálido sobre el que se posaban dos verdosos y tristes ojos. Vestía una túnica azul, desgastada y vieja, y rodeada por un cinturón gris ceñido con una brillante hebilla, y sus pies estaban calzados por unas botas de cuero marrones. Moriar era uno de los cinco grandes magos de Arnal, los Aldraen. Todos ellos recibían el apelativo de mago dada su básica capacidad de utilizar la magia, pero cada uno tenía su propia especialidad mágica.

Paralelamente a esto, bajo la mirada triste del sol de la mañana, un caballo de pelaje negro entraba en la aldea portando una persona malherida, mientras otras tantas susurraban a su paso. Dicha persona llegó hasta uno de los establos de la aldea, donde ató a su caballo, y acto seguido se dirigió hacia la famosa taberna. A su llegada, la voz de aquel anciano le llamó, y este, reconociéndola, guio instantáneamente sus ojos hacia él.

-Percibo que la caza de hoy ha sido desafortunada, Erezorn -dijo, sonriente.

-No te equivocas, Moriar -afirmó el hombre joven, acercándose al anciano. Erezorn aparentaba una gran estatura y energía, poseía largos cabellos negros, con una escasa barba que lo complementaba, y un par de ojos marrones sobre una cara morena. Sus ropajes eran pobres y viejos, con una camisa y unos pantalones oscuros y con botas de cuero desgastadas y manchadas de hierba-. Desconocía que estuvieras en la aldea.

-Ya me conoces, me pasa cuando no se lo comunico a mi viejo amigo
-Erezorn se sentó.

-Sí, y por ello he de suponer que tu visita aquí no se debe a otra cosa que, nuevamente, a tu propósito y que, por tanto, el tiempo escasea para ti. ¿Qué nuevas tienes?

-Noticias espléndidas del exterior, como hacía tiempo que no lo eran. El Nigromante mantiene la tregua y, aunque sin capacidad alguna para observarle plenamente, pero perfectamente conscientes de ello, a cada día que pasa hace más fuerte su ejército. Las razas, en cambio, y como tú bien sabes, prefieren mantenerse escondidas tras los muros y pretenden que todos nos adaptemos a esta situación que él ha creado, cuando no debería ser como tal -Moiar bajó la mirada, lamentándose-. Sin embargo, por primera vez desde que se proclamó la tregua, yo he logrado dar un gran salto en la lucha contra él, más concretamente, en mi plan oculto para derrotarle.

-¿Has conseguido convocar en concilio a los grandes reyes de las razas?

-Ciertamente, sí, aunque la actitud de sus majestades no puede ser calificada como honorífica, ni mucho menos favorable, pues, aunque vieron con buenos ojos la celebración del concilio, resaltaron que una reunión no resolvería nada; simple palabrería lo consideraron. Es curioso, para ellos resulta una insensatez, mientras que en mí cabeza no dejo de cuestionarme cómo es posible que en estos escasos años nos hayamos resignado a vivir así, con miedo y en alerta por saber cuándo el Nigromante sacará a sus tropas de su reino y cuándo decidirá atacar de nuevo.

-Miedo, básicamente. Esa es la respuesta más acertada que merecen tus dudas. El miedo y la falta de valor y coraje. Pero ello no les detiene a otorgar lecciones y consejos justamente a quienes menos los necesitan y a quienes precisamente deberían escuchar. No obstante, es de admirar que hayas conseguido captar su atención. Hace tiempo, cuando me contaste tu intención, pensaba que esta estaría abocada al fracaso, pero

has vuelto a darme una lección. ¿Cuándo tendrá lugar el concilio?

-En un mes, y será allí donde exponga ampliamente mi plan, todo cuanto tengo pensado realizar y todo cuanto ha de hacerse contra nuestro enemigo -esto ya lo conocía Erezorn desde tiempo atrás, cuando su amistad y confianza con Moriar se consolidaron y cuando, a consecuencia de ello, el mago le enseñó aquello que más secretamente guardaba con él-. Puede que en el pasado resultara fallido, pero podría tener una rápida solución. Ya sabes a qué me refiero -ambos vigilaron a sus lados, comprobando que nadie escuchaba-. No considero la batalla a campo abierto nuestra mejor opción. Ello solo provocaría una gran masacre, cosa que, al menos yo, no quiero asumir. En todos estos años enfrentándonos a Dharrku, lo único que hemos conseguido, amargamente, ha sido debilitarnos, mientras que él ha ido obteniendo mayor poder -sacó una carta del bolsillo derecho de su túnica-. Días después de hablar cara a cara con los reyes y convencerles de que lo discutieran entre ellos, recibí esta carta de Aenor -Erezorn recibió la carta y la ojeó-. En ella me confirma la celebración del concilio, al igual que el momento y el lugar en que se realizará, en su propia ciudad, Montrimax. Tras llegar a mí decidí entrevistarme con él y me informó también había entregado la correspondiente a los monarcas de Konstantanne y Gbonballia, así como a mis hermanos, los Aldraen.

Mientras hablaba, Erezorn seguía observando la carta, la cual, tal como había comentado el mago, demostraba que había logrado convencer a los grandes reyes, de entre quienes, tras ponerse de acuerdo, Aenor había tomado la iniciativa para convocar el concilio. De esta forma, escribió y mandó, de su puño y letra, tales cartas a los restantes reyes, Lortrey III de Konstantanne y Klíon IV de Gbonballia, y a los magos de Arnal: el brujo Vartias, la druidesa Sedals y el alquimista Tharat. Sin embargo, que Aenor tomara la iniciativa y ofreciera su propia ciudad, no manifestaba su compromiso en el propósito de Moriar, sino más bien el deseo de acabar cuanto antes con la obsesión de este, algo de lo que era completamente consciente el mago, que conocía a la perfección la mente del rey y las intenciones de todos los gobernantes respecto a Dharrku.

Erezorn terminó de leerla y se la entregó de nuevo.

-¿Qué harás durante este tiempo? ¿te reunirás de nuevo con los reyes o esperarás hasta el día del concilio?

-Tenía mejores planes. Ya me he hartado de tanta inútil palabrería. Ahora he de buscar gente decidida y valiente que se comprometa a realizar mi cometido. Sin embargo, no es una tarea sencilla, pues no son suficientes los guerreros que conozco con corazones valerosos y osados. En cualquier caso, solo espero que todo cuanto he concebido no se torne en infortunio, pues es poca la confianza que guardo en sus majestades -miró a Erezorn directamente a los ojos-. Cuando hablo de gente valerosa, me refiero

también a gente como tú, Erezorn.

-Una ocasión más, tratas de seducirme con tus palabras para que me una a tu causa.

-El momento está frente a nosotros. Hace meses era impensable incluso para mí poder celebrar un concilio. Ahora, estamos delante de una gran oportunidad que no podemos ignorar y desaprovechar. No olvides tu pasado.

-No emplees tal pretexto para convencerme. Hace tiempo que decidí olvidarlo, pues nada me iba a devolver aquello que perdí. Y, afortunadamente, no me atormenta, ni siento miedo al recordarlo. Fue algo que debía hacer, por la rabia que me consumía por dentro -los ojos de Erezorn desprendían vergüenza e ira, una ira que, pareciera, trataba de contener en su interior, y Moriar pudo advertirlo-. Ahora, ello solo forma parte de mi pasado.

-La guerra es algo que a todos afecta y eso es algo crucial que nadie debería olvidar jamás. Nosotros podemos erradicar el origen de esta guerra, Erezorn. No te conté mis planes solo por la amistad que nos une - Erezorn asintió lentamente, consciente de ello-. Hay otros que lo ignoran, cuando no lo merecen por la gran ayuda que me han prestado durante toda mi angustiosa vida -Erezorn permaneció en silencio, incapaz de dar una respuesta a Moriar, pero el mago tampoco la esperaba, así que, al instante de pronunciar estas palabras, se levantó de su asiento, con la intención de marcharse-. No trato de manipularte, Erezorn, pero necesito que entiendas que no eres un simple cazador que, día tras día, parte con la llegada de la mañana y la brisa fresca a los bosques en busca de presas. Hace años que empezó la desolación de este mundo y nadie puede escapar, solo nos queda la esperanza y la acción, y nosotros podemos otorgarlo -abrió la puerta de la taberna y miró a su amigo de nuevo-. Te veré dentro de unos días. Piensa en mis palabras -y partió.

Erezorn permaneció en la taberna, reflexivo, incapaz de apartar sus pensamientos de aquellas palabras o del Nigromante. Horas más tarde, llegada la tarde, la luz del sol comenzó a desaparecer entre densas nubes grisáceas y en el aire empezó a apreciarse el rumor de un chaparrón procedente de las montañas. En esos momentos, Erezorn salió de la taberna y se dirigió hacia la gran biblioteca de Ozgaran, en la plaza principal de la aldea. El edificio que la albergaba, aunque pequeño, era majestuoso, con tres niveles y una fachada de múltiples vanos, cuya única entrada estaba flanqueada por dos gruesas columnas de granito que sustentaban un frontón sin adornos.

Erezorn ascendió hasta el segundo nivel y, en la estancia principal del mismo, cogió un libro ancho de la estantería, los Mercaderes, y en un pequeño banco se sentó a leerlo, como había estado haciendo durante los

días previos, para despejar su mente. Así, sin darse cuenta de ello, las últimas luces del sol poniente se fueron filtrando por las sucias ventanas y una profunda y progresiva oscuridad comenzó a inundar la sala.

Los días pasaron rápidamente y pronto llegó el nuevo mes, el cual, a pesar de lo que Erezorn creía, traería aún más graves problemas. Un día, nada intenso para el cazador, este se dedicó a hacer lo mismo de siempre, pero entrada la noche, de nuevo en la taberna, esperando que en cualquier momento apareciese Moriar y contemplando a través de la ventana el oscuro cielo y la gente que paseaba a lo largo de las calles, no pudo evitar escuchar en una mesa cercana a la suya a dos hombres que conversaban entre ellos, especialmente cuando uno de ellos pronunció la palabra "dersa".

-Hay enemigos en las afueras de la aldea. Han visto dersas ocultándose en el bosque -Erezorn salió de su ensimismamiento y atendió-. Los guardias han dado la voz de alarma y pronto cerrarán las puertas.

Erezorn comenzó a sentir una gran inquietud y salió de la taberna, mientras observaba a varios soldados encaminándose hasta las puertas. El cazador cogió apresuradamente su caballo de los establos, se proveyó de una antorcha y partió decididamente hacia el bosque a través de la Puerta Este con la advertencia de los guardias del ataque dersa y que la cerrarían en unos instantes.

Mientras cabalgaba a través del bosque, espada en mano, oía múltiples ruidos en el mismo, y no se había atrevido a encender la antorcha. Fue entonces cuando vio aparecer de entre varios árboles, y sin advertir su presencia, una figura cuyo rostro no fue capaz de divisar completamente tanto por la oscuridad como por su posición, de espaldas a él. Sin embargo, su hedor putrefacto le delató. Erezorn descendió de su caballo, pero en el momento en que este posó un pie sobre el denso suelo de hojas secas, dicha figura se percató y se abalanzó contra él. Durante varios segundos forcejearon, pero con un movimiento rápido y cubriéndole su cadavérica boca, el rajó el cuello silenciosamente. No obstante, otro segundo apareció de la oscuridad y los árboles y se arrojó nuevamente sobre él, tirándole al suelo, momento en que el filo de una espada lo decapitó. Súbitamente, una luz blanca salió de aquella espada, revelando el rostro abatido de Moriar.

-¡Moriar!¿En verdad eres tú o estoy soñándolo?

-¿Quién creías que era? Acordé venir aquí por estas fechas, aunque la situación que encontré allá por donde cabalgué me urgió a regresar apresuradamente -Erezorn frunció el ceño-. Por tu bien creo que la próxima vez deberías ser más silencioso o, al menos, estar provisto de

alguien que te proteja las espaldas.

-¿Qué está ocurriendo? ¿Se ha reanudado la guerra?

-No, pero igualmente te puedo asegurar que la situación se ha complicado más de lo que puedas imaginar. Antes de que lo preguntes, te confirmo que el reclutamiento fue todo un fracaso. Estos darsas estaban en mi búsqueda y llevaban siguiéndome desde que lo comencé. Salgamos del bosque y te lo explicaré todo en la aldea.

Marcharon hacia la aldea sigilosamente, pero con paso ágil, considerando que en caso de ataque sería más propicio estar cerca de la muralla. Cuando llegaron a las puertas, las encontraron cerradas, pero la autoridad de Moriar logró convencer a los guardias para que las abrieran y, una vez dentro, ambos individuos prosiguieron hasta los establos y luego hasta la taberna. Allí, Moriar expuso todo cuanto había acontecido durante su mes de ausencia, lo que hizo replantearse a este que aquella no sería otra noche tranquila y calurosa de verano. De hecho, Erezorn no tenía un solo atisbo de conciencia de todo lo que iba a suceder en solo unos momentos.

-Era inevitable que se acercaran hasta aquí, pues era un riesgo que debía asumir -empezó a relatar el mago-. No obstante, por ahora debes olvidar mi proposición acerca de asistir al concilio, pues es totalmente necesario que inmediatamente partas de aquí, conmigo, y que no te opongas. Al igual que yo, te encuentras en peligro, Erezorn -Este le miró fijamente e intrigado, pero no hizo pregunta alguna, sino que le dejó continuar-. Mi propósito de reclutamiento fue totalmente impedido por los darsas o, mejor dicho, por el Nigromante. A los pocos días de partir, tuve un pequeño problema con su espada ¿Recuerdas cuando te hablé de cómo la conseguí? ¿de cómo descubrí el poder que contenía? -Erezorn asintió-. Siempre creí que él nunca supo su paradero, que no fue consciente de que yo la poseía, pero no fue así. Como sabes, es peligroso tocar esta espada y es por eso que siempre llevo un guante en la mano con que la sostengo -Erezorn comenzaba a comprender lo que posiblemente había ocurrido-. Pues bien, en cierto momento, olvidé tener en cuenta esto... No pude evitarlo -las sospechas de este se confirmaron-. Espero que tú nunca lo vivas como sí hice yo, inconscientemente, Erezorn, pues tras hacerlo me volví a sumergir en un mundo de sombras y oscuridad, como la primera vez, sintiendo un dolor punzante penetrando en mi cuerpo que me debilitaba a cada segundo que pasaba. Entonces le vi a él, al igual que la otra vez, y pude contemplar criaturas extrañas de tiempos antiguos, unas muertas y otras aún vivas; era como una visión, como un sueño, pero totalmente real. "Siempre supe que fue tuya", me repetía. Sin embargo, le hice frente y conseguí soltar la espada, aunque ya era tarde -Moriar suspiró, arrepentido y temeroso-. Puede que siempre sospechara de mí, pero nunca supo dónde me encontraba y fue cuestión de poco tiempo que sus siervos me localizaran. A los pocos días del suceso comencé a sufrir

persecuciones dersas y durante semanas he estado eludiéndoles, cabalgando sin rumbo, por lo que finalmente decidí volver aquí. Hoy mismo, en la mañana, tuve otro encuentro con dersas en el paso de Merethres. Uno de ellos portaba un mensaje, en el cual supuse encontrar mi nombre. Pero había dos –el mago sacó una especie de papel desgastado, mugriento y roto del bolsillo izquierdo de su túnica. Se lo mostró a Erezorn-. Tu nombre también está escrito en él, y dado lo que conozco de ti y de Dharrku, diría que te llevan buscando desde hace años, incluso mucho antes de la tregua. Tras descubrirlo vine tan rápido como pude, pero los dersas eran muy veloces y decidí esconderme en el bosque.

Erezorn quedó atónito y petrificado, y miró con ojos de preocupación a Moriar, pero pronto recuperó la compostura y consoló a su amigo.

-Puede que no todo haya desbocado en fracaso, no deberías culparte por ello, pues él no conoce aún tu plan para su derrota. No obstante, ahora debo conocer la verdad. ¿Estás completamente seguro de cómo derrotarle? ¿todo lo que planeaste, lo que sabías, es real?

-Así es. La Espada es su principal punto débil y la Vara de su amo lo único que puede destruirla -de pronto calló, buscando palabras más adecuadas para proseguir-, pero, aunque es muy poderosa, la Espada no es el único elemento. Hay otro más, algo que yo no supe hasta el día en que la toqué por segunda vez, y por lo que también me gustaría considerar el error como una ventaja importantísima -Erezorn escuchó atentamente y cuando este cesó en su explicación, el miedo se acrecentó en él. No era la presencia de ambos elementos lo que más temía, sino cuál era el segundo, pues este resultó ser aquello que menos se había imaginado. Acabada su explicación, el único pensamiento que discurrió por su mente fue que debían huir y que el plan de Moriar podía ser la única manera de escapar de aquella pesadilla.

-Tú me lo has pedido, y dada la situación no puedo negarme a ello -Moriar sonrió levemente-. Solo espero que el concilio no sea en vano.

-Tu corazón sigue siendo tan noble como fuerte.

-Me he visto más condicionado por las circunstancias que por tu labia -dijo dudoso-, no creo que vaya a ser de gran utilidad. Pero ¿qué podría hacer, si no? Aunque haya una tregua, en el fondo los dos sabemos que nunca acabó la guerra

-Desafortunadamente, no. Las treguas nunca son completamente efectivas, y menos aún con nuestro enemigo. Pero, independientemente de ello, era plenamente consciente de que, con o sin peligro, te unirías a mí. Aunque es cierto que no te quedaba elección, salvo esconderte, y puedo asegurarte que tarde o temprano esta aldea habría sido reducida a

cenizas y tú habrías sido hecho cautivo. No obstante, he de advertirte que te conozco lo suficiente como para percibir cuándo tus ojos me reflejan tu ira y tu odio. En el fondo, sabes que nunca hay olvido perpetuo. Has de seguir el camino correcto y no desviarte en tu marcha, pues el tomar una dirección distinta, aun teniendo siempre el mismo objetivo, te puede llevar a tu propia perdición y puedes arrastrar con ella a los que te siguen.

Erezorn olvidaba a veces la gran capacidad de Moriar de leer a través de los ojos de las personas y ver más allá de lo que trataban de ocultar. Finalmente, tras estas palabras ambos salieron de la taberna y marcharon hasta los establos para partir, pero Erezorn no fue a su morada para recoger su arco de cazador, sino que únicamente llevó consigo su espada.

Fuera de la taberna, la aldea de Ozgaran continuaba con las puertas cerradas y con numerosos guardias y soldados en las murallas, armados con escudos, picas y arcos. Y, a su vez, en el exterior de la aldea y ocultos a la vista humana, entre los árboles del bosque, un grupo de dersas espiaba el poblado. Todos se apilaban en torno uno de ellos, el más grande, que no apartaba su mirada fija de este, y estuvieron así un tiempo, hasta que se retiraron y unos pocos marcharon en dirección al Paso de Merethres.

Por su parte, los dos hombres marcharon de los establos hasta la Puerta Sur, donde Moriar ordenó nuevamente a los guardias que la abriesen para una partida apresurada.

-Huye con tu caballo lo más lejos que puedas a través del bosque que precede al Paso de Merethres -dijo, poniéndose su guante y empuñando la Espada de su enemigo-. Ahora saldré yo, pero debes partir primero tú. Voy a intentar retenerlos, ¡apresúrate!

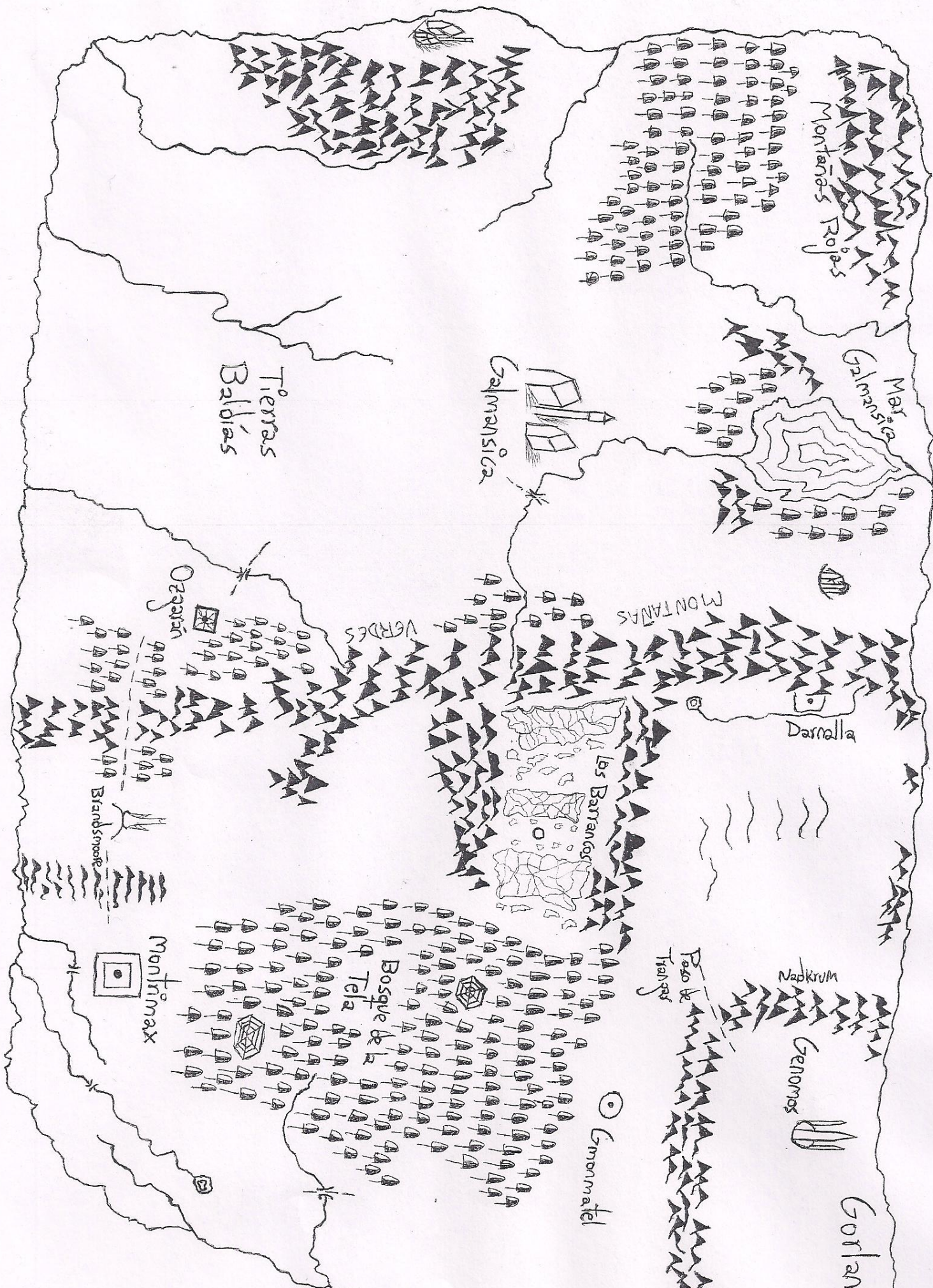
Erezorn partió rápidamente de la aldea, pero los dersas, conscientes de ello, no iniciaron ningún tipo de ataque, pues se encargarían aquellos que se habían dirigido hasta el paso. Además, esperaban ansiosos la salida del mago. Este atravesó las puertas momentos después, a paso lento, como si ningún tipo de preocupación le ocupara la mente. Ellos permanecieron inmóviles, esperando el momento para un ataque seguro y mordaz. Sin embargo, cuando el más grande de ese pequeño grupo de esbirros quiso avanzar y emprender una emboscada, fue incapaz de dar un solo paso, pues comenzó a sentir un calor abrasador en sus pies y, al instante, un grupo de llamaradas emergieron bajo ellos, entre las hojas, haciéndoles desperdigarse por el bosque y las lindes del mismo. Fruto de todos estos eventos, no tardaron en sonar las campanas en la aldea y los gritos de aviso de incendio y enemigos merodeando por los alrededores del

poblado.

“No os preocupéis, esas quemaduras solo las sentiréis por unos minutos. Entretanto, no os preocuparéis de nosotros -pensó para sí-. Seguramente nos encontremos más adelante. Pero ahora no pienso dejaros que nos cojáis”.

De esta forma, Moriar observó el camino que se abría ante él y, preparado para los nuevos peligros que se avecinaban, continuó a través de él y se dirigió hasta el bosque del paso.

Capítulo 3



2. La Colina de Brandsmore

Moriar se adentró en el interior del bosque, perturbado y corrompido por las sombras de la noche, pero la luz de la luna, que hasta entonces parecía haber estado escondida, se filtraba entre las ramas de algunos árboles y Moriar podía vislumbrar el camino que continuaba entre ellos, aunque no logró encontrar a Erezorn. No sabía qué dirección había tomado o si, desafortunadamente, se había topado con darsas. Una oscuridad invadió su cuerpo, sabía que el bosque no era en absoluto seguro y que debía encontrar sin demora a su compañero, de modo que continuó cabalgando en línea recta, siguiendo aquel camino irregular y cubierto de abundantes hojas marchitas y de maleza. Varios metros más allá, este tomaba varios giros, serpenteando, durante media legua, y más adelante, el camino volvía a discurrir en línea recta, si bien con ciertos desniveles.

Fue así como avistó una figura montada a caballo que se acercaba hacia él, reconociendo su rostro a escasos metros.

-No te fue complicado esquivarles. Un buen truco para un mago –dijo Erezorn, quien había observado en las sombras de la espesura la hazaña de Moriar-. Ahora dime, ¿cabalgaremos directamente a Montrimax? No confío lo suficiente en esta zona, por muy ocultos que nos mantenga. Cerca del paso son numerosos los aullidos que pueden escucharse y puedo asegurarte que no pertenecen a ningún lobo cercano.

-Sí, mi magia no les detendrá por mucho tiempo. Mantén los ojos bien abiertos. No debemos detenernos, aunque me siento muy agotado.

-No eres el único, pero no descansaré en un sitio como este. Será mejor que atravesemos el paso y busquemos más allá de este un lugar más agradable.

Moriar se acercó con el caballo hasta Erezorn y ambos reanudaron la marcha. El camino continuaba adentrándose entre gigantescos muros bañados en musgo que daban inicio al sendero del paso de Merethres, e incluso algunos árboles del bosque crecían y se extendían sobre ellos, cubriéndolos. Una brisa fresca inundaba el ambiente y acompañaba consigo un olor a tierra mojada, que pronto se convirtió en una débil lluvia, y en el silencio de la noche podía escucharse el agua golpeando las hojas, cayendo al suelo y chapoteando, mientras el bosque absorbía todo aullido y toda voz lejana.

Más allá, Erezorn y Moriar dejaron atrás el camino y se adentraron por el estrecho sendero de abrigados e imponentes muros que formaba el paso de Merethres. Había un punto en que este se abría, formando un amplio

espacio, y luego volvía a estrecharse, continuando más allá, pero se detuvieron ahí, ya que Moriar sintió la presencia de algo cercano. Durante largo rato permaneció quieto y escudriñando el entorno.

-No estamos solos y no me refiero a nuestros enemigos -afirmó atemorizado, que no cesaba en escudriñar los árboles situados por encima de los muros-. Alguien más merodea por aquí, una presencia distinta de ellos.

Ambos observaban inquietos las murallas, como si esperasen un asalto. Erezorn desenvainó la espada, al igual que Moriar la de su enemigo. Súbitamente, Erezorn divisó algo que se movía entre los árboles oscuros, algo que les vigilaba, y, rápidamente, una alta figura emergió de estos y se abalanzó sobre él, desplomándolo en el suelo. Tras ello sacó un cuchillo afilado y lo posó sobre su garganta.

Aquella figura era un hombre joven, corpulento, con el pelo largo y la barba corta, ambos de color castaño, y con ojos verdes profundos. A sus espaldas, portaba un carcaj atiborrado de flechas, así como un arco, y una larga espada colgaba de la vaina de su cintura. Vestía un jubón de cuero y unos pantalones de tela pardos, al igual que unos brazaletes oscuros y una capa vieja y verdosa para camuflarle en el entorno de los bosques.

-No te muevas anciano o tu compañero será degollado -dijo aquella figura, que posó sus ojos sobre las dos enes plasmadas en la empuñadura de la Espada del mago-. No conozco a muchos hombres o mujeres que hayan tenido el valor suficiente para cambiar de bando.

-¿Bando?

-Aunque la noche es profunda, la luz de la luna ilumina la empuñadura de tu Espada. Los símbolos que hay sobre ella solo pertenecen a una persona en toda Arnal.

-Yo no le sirvo a él, ni tampoco mi compañero. Ninguno de los dos guardamos lealtad al Nigromante. Y por tu actuación, me alegra comprobar que tú tampoco. Nuestro cometido nos lleva a Montrimax, allí hay asuntos que requieren nuestra presencia -el hombre amenazante apartó lentamente la cuchilla-. Esta espada la encontré en circunstancias que guardan su explicación.

Se levantó del suelo, ayudando a Erezorn a incorporarse, pero seguía dudando de la palabra del mago.

-¿Qué asuntos?

-Son secretos, aunque teniendo en cuenta tu presentación -miró a su amigo y este recordó las palabras que le había dicho en Ozgaran hace

tiempo: "he de buscar gente decidida, valiente y que se comprometa a realizar este cometido"-, es posible que puedas sernos de ayuda en ellos. ¿Cuál es tu destino? ¿por qué te ocultabas?

-Me disponía a marchar a Galmansica. ¿Es de allí de dónde procedéis?

-Ozgaran, pues era donde yo vivía -respondió Erezorn-. Desde esta noche, ya no.

-¿Cómo sé que puedo fiarme de vosotros? -preguntó el arquero, intentando asegurarse de la fiabilidad de ambos individuos.

-No somos espías, no somos sirvientes del Nigromante -dijo Erezorn-. Huimos de sus esbirros, que extrañamente aún no se han percatado de nuestras voces. ¿Acaso podríamos fiarnos nosotros de ti?

-He pasado muchos años de mi vida marchando de ciudad en ciudad, de aldea en aldea, siempre con la intención de hacer frente al soberano de Gorlank y a sus ejércitos. Pero quisiera saber quiénes sois.

Comenzó Moriar presentándose y el rostro del arquero se llenó de asombro, pues nunca había tenido el placer de encontrarse frente a un Aldraen. En todos los lugares donde había residido y combatido siempre había escuchado historias de ellos, mas nunca ocasión alguna de ver a uno solo en persona. Después lo hizo Erezorn, momento en que la desconfianza del arquero comenzó a disminuir, dándole la oportunidad de darse a conocer ante ellos dos.

-Mi nombre es Elezhon. Viví en Konstantanne durante muchos años, pero los ataques de Dharrku me hicieron abandonarla y marchar allí donde el auxilio era necesario. Si vuestras intenciones en Montrimax son enfrentarle, entonces os seguiré. De lo contrario, continuaré mi propio camino.

-Tal es nuestro propósito, arquero. -afirmó Moriar, mirando a sus alrededores-. Te explicaré todo lo que necesitas saber de esta noche en un lugar más seguro. El bosque vuelve a abrirse más adelante, debemos desplazarnos hasta allí y ocultarnos en los árboles hasta que amanezca.

El arquero montó en el caballo de Erezorn, situándose a sus espaldas, y reanudaron la marcha, saliendo de dicha zona y continuando por el sendero, que ahora descendía ligeramente durante varios metros, serpenteando. Más adelante fueron divisando nuevos árboles y llegaron, de nuevo, al bosque, adentrándose en él y en la oscuridad que contenía. Allí dentro localizaron un imponente y frondoso árbol donde pasar la noche y escondieron los caballos lejos de dicha posición, entre altos arbustos y rocas coronados por anchos y musgosos árboles, de modo que permanecerían parcialmente escondidos en caso de presencia enemiga.

Era la única manera de ocultarlos adecuadamente sin necesidad de hacerlos huir, pero ello acabaría convirtiéndose en una insensatez por su parte.

Así pues, posados ellos entre las gruesas ramas de un árbol, Moriar dio a conocer a Elezhon todos los acontecimientos recientes, así como su historia en lo relativo a la Espada.

-Dentro de poco -comenzó Moriar- nos reuniremos en concilio en Montrimax, concilio convocado por el rey Aenor a instancias de mí y de los reyes de Gbonballia y Konstentanne. Desde hace tiempo -dijo mirando a Erezorn-, ambos estamos sufriendo una persecución dersa, especialmente él, a quien llevan buscando desde años atrás, si bien nunca se percataron de su presencia en Ozgaran. No obstante, yo no conocía este hecho, y hoy, cuando me disponía a volver a dicha aldea, con los enemigos tras mi rastro, lo descubrí. Huimos de allí, únicamente con el objetivo de llegar hasta la ciudad y asistir al concilio. Es primordial asistir, pues en él expondré mi plan para hacer frente al Nigromante.

-¿Qué plan?

-Ahora no puedo hablar de ello, sólo en su debido momento, en el concilio, pero he de advertirte que esta no es una simple Espada, pues pertenece personalmente al Nigromante, no a sus siervos -los ojos de Elezhon se abrieron extremadamente ante aquella inesperada sorpresa-. Es por ello por lo que no debes tocarla. Está embrujada y, de hacerlo, entrarías en un mundo de oscuridad, tu mente se desvanecería y tu vida sería absorbida por él. En manos insensatas o ignorantes es muy peligrosa. A causa de ello logró descubrirme y a causa de ello, cuando la encontré hace muchos años, supe que era de él y conocí el poder que ostentaba, si bien desconocía aún su gravedad y lo que depararía para el futuro -el arquero miraba extrañado al mago, pues esperaba conseguir más información-. El embrujo que contiene está adherido a un fragmento de su alma cobijado en su interior. La Espada contiene parte del alma del enemigo, al igual que otro elemento, y el concilio es todo lo que necesitaba para reunirnos y, después de cinco años de tregua, hacerle frente de nuevo. Estoy completamente seguro de que esos son los únicos elementos, no más, y cuando lo explique en Montrimax lo entenderás. Si se destruyesen ambos, él también se destruiría. Su amo ya lo intentó durante la Gran Guerra, pero es sabido por todos que nunca lo consiguió, pues fue completamente derrotado, a diferencia de su heredero. Por esto sé cómo podría destruirse.

Tras este largo relato, Elezhon quiso conocer más sobre Erezorn, pues no aparentaba ser un objetivo de gran importancia del Nigromante.

-¿Qué valor tienes para él?

Este y el mago intercambiaron miradas de incertidumbre entre ellos, luego quedó pensativo un momento, suspiró y habló:

-Hace tiempo, poco más de 15 años -empezó a relatar-, el Nigromante apareció inesperadamente en mi poblado, una aldea no muy grande, alejada del mundo. Él arrasó toda casa y asesinó a todo aquel que le hizo frente, entre ellos mis padres, pero no ocurrió así conmigo. Mi aldea había soportado innumerables ataques dursas cuyo objetivo primordial era la debilidad de aquellos núcleos situados al este de esta península, así que decidió aparecer él en persona y acabar con la resistencia que ejercíamos, un acto cobarde y miserable, pues no hizo lo mismo con otras aldeas o ciudades de mayor grandeza -calló unos instantes y evocó en su mente aquel día. Volvía a estar allí-. Cuando los mató a todos, incluidos mis padres, se acercó lentamente hasta mí sonriendo, disfrutando con propagar la muerte, con verter sangre inocente. Yo me arrastraba por el suelo, alejándome de él, y rápidamente mis manos toparon con una espada. Sin temor me puse de pie y le reté. -Elezhon y Moriar le observaban atentamente-. Su sonrisa se apagó y acto seguido me habló: "¿Quién eres tú, joven, que te atreves a desafiarme? ¿quién osa retar al Rey de las Sombras?" En ese instante, sin pensarlo, alcé la espada, y sentí cómo el coraje y la fuerza me envolvían, lo cual fue suficiente para retarle con la mirada. En ningún momento bajé la guardia y a cada paso que daba podía sentir cómo su rabia crecía dentro de él. Portaba su Vara y la alzó, queriéndome atravesar con su afilado extremo, como si de una lanza se tratase. Sin embargo, yo fui más rápido, y alcé mi espada y le atravesé el corazón. Él quedó paralizado y comenzó a sangrar, una sangre negra, tan negra como su alma corrupta. Furioso, me miró y me impulsó mediante su magia, luego se arrancó la espada de su cuerpo, y entonces comprendí que no era mortal, que no era una persona normal, sino que era la muerte personificada.

-¿Qué ocurrió con él? -preguntó Elezhon, muy interesado en el relato.

-Huyó. Numerosos jinetes llegaron de tierras cercanas cuando vieron el humo del fuego en el cielo y él se transformó en sombras oscuras como la noche y voló, mientras yo podía sentir constantemente su mirada en mí. Se desplazaba como una nube negra, como el humo. Marchaba hacia el oeste, hacia su reino y su torre. Podía haber acabado con todos nosotros y aun así decidió huir y dejar allí el tormento que había provocado. Después de aquel suceso, decidí huir yo también hacia el oeste, en solitario, sin nadie más salvo mi espíritu y el recuerdo de aquel desdichado día. Pero con el paso de los años intenté olvidarlo. ¿Qué podría solucionar con la venganza? ¿qué podría hacer yo frente a él?

-Su honra fue profanada ese día -dijo Elezhon, comprendiendo ahora porqué el enemigo pretendía poner fin a su vida-. Eres el primer hombre

mortal que, aunque inútilmente, le consiguió herir; el primer hombre que le desafió.

El silencio se hizo entre ellos, pero Moriar habló una última vez para concluir aquella conversación.

-Ahora solo hemos de preocuparnos en llegar a la ciudad y, por supuesto, desear que nuestra presencia en este bosque pase inadvertida, pues es pequeño, pero denso, y la oscuridad de la noche nos camufla. Los dersas tienen la misma visión que nosotros, que todas las razas. Les resultará complicado encontrarnos, de modo que será mejor que durmamos, todos.

No obstante, tanto Moriar como los otros dos hombres habían sido bastante ingenuos, y ello les costaría un aparatoso camino en el día de mañana.

Con las primeras luces del nuevo día, Moriar, Elezhon y Erezorn despertaron. Ninguno de los tres había conseguido dormir bien, pero estaban lo suficientemente descansados como para llevar a cabo el nuevo día.

-Con suerte, antes del mediodía habremos llegado a Montrimax -dijo Moriar.

Elezhon bajó del árbol e inspeccionó la zona con su mirada.

“Demasiada tranquilidad”, pensó.

Erezorn le siguió y también Moriar, y el primero de ellos se dirigió hasta el lugar donde estaban escondidos los caballos. Pero, cuando llegó, una oleada de terror le invadió, pues observó que estos no estaban y que había sangre esparcida por la zona. Instantáneamente sacó su espada, se colocó en posición de combate y observó a su alrededor.

“No puede ser. Ni siquiera los hemos escuchado relinchar”, pensó para sí.

Volvió apresuradamente y les contó a sus compañeros la situación. Las tornas se habían vuelto en su contra en un momento de extrema necesidad, sobre todo para Moriar.

Elezhon había bajado la guardia, pero observaba a sus alrededores. No veía rastro de nadie. Solo se oía el murmullo de las hojas, el sonido del viento, y se advertía una sombra que se avecinaba, pues hasta los pájaros habían abandonado su constante canto.

-Me temo que tendremos que proseguir a pie y completamente atentos al

entorno –dijo Moriar-. No nos demoraremos si vamos a buen paso.

-Sí, hay excesiva tranquilidad –dijo Elezhon, que al momento comenzó a trepar por el árbol en el que habían pasado la noche. Una vez arriba, y con las miradas atentas de los otros dos hombres, escudriñó el horizonte en el este-. Puedo ver el final del bosque, no muy lejano, y también la Colina de Brandsmore.

-Marchemos hasta allí, pues –dijo Moriar desde abajo-. Luego, solo tendremos que atravesar la larga sierra occidental previa a la ciudad.

Los tres caminaron durante, al menos, media milla, tras lo cual abandonaron los árboles del bosque y salieron a una amplia zona abierta, de extensas praderas y altas hierbas. Las atravesaron, manteniendo los ojos vigilantes a sus espaldas y a sus lados, y más allá se alzaba una importante colina sobre la cual se elevaban las ruinas de una fortaleza elíptica con dos entradas y en cuyo centro se alzaba una inmensa torre. La fachada occidental presentaba dos simples puertas de madera desgastada y mohosa, flanqueada por dos torres cilíndricas rematadas con un chapitel, desde la cual partía una muralla que rodeaba completamente el complejo.

En esos momentos, la colina aparentaba estar en profundo silencio, un silencio inquietante. Antaño perteneció a los hombres y durante la Gran Guerra fue saqueada por los dersas. Con el alzamiento del Nigromante, se empleó como puesto de acampada para aquellas tropas que viajaban grandes distancias o como puesto de vigilancia para las tierras ante la amenaza de este. Ahora, solo era una fortificación devastada.

No obstante, hubo un momento en que, contemplándola, Erezorn vio algo en la torre más alta que le inquietó, y el mago también se percató de ello. En dicha torre central, una imponente estatua parecía mirar a los tres hombres de abajo. Estaba vestida con telas oscuras y rotas, así como con una armadura que había sido testigo de múltiples acontecimientos y con un casco desgastado en cuyo centro sobresalía una especie de cuerno enrojecido. Una espada afilada y de brillo apagado, con hueso largo y tuétano como mango, descansaba sobre su mano derecha. Pero el viento movía lentamente la tela y el escaso pelo que sobresalía bajo el caso. Erezorn lo advirtió, al igual que también el irresistible hedor que traía este consigo, y reconoció la particularidad de su espada, muy propio en los dersas.

-No estamos solos y aquello que allí se eleva no es una estatua –dijo y desenvainó su espada.

Moriar se colocó el guante y le imitó, mirando directamente la estatua y esperando que realizara algún movimiento. Elezhon, por su parte, vigiló a sus lados que no apareciesen enemigos a través de las murallas, mientras

dirigía, lentamente, su mano hacia el carcaj para tomar una flecha. Sabían que de nada serviría bordear la fortaleza. Les esperaban y estaban más que decididos a hacerles frente. De esta manera, los tres se colocaron en posición de ataque, abandonando la inquietud y el miedo que por un momento les sobrecogieron, preparándose. Podían sentir una presencia viva en la fortaleza, e incluso podían llegar a oírla, por más que esta se esforzara en ocultarse.

Empezaron a avanzar, adentrándose en la fortaleza y deteniéndose en una pequeña plaza, a partir de la cual tres grandes calles se extendían hacia el este. Dos de ellas seguían el trayecto de la muralla, mientras que la restante continuaba de frente, avanzando entre una serie de casas derruidas. Todas ellas, a su vez dejaban paso a otras calles, formándose así el enmarañado laberinto por el cual, dentro de poco, deberían escapar.

Entonces, aquella estatua que se encontraba en lo alto de la torre movió lentamente su cabeza y ojos hacia abajo, dirigiendo su mirada a Moriar, y tras ello alzó su mano derecha y con ella su espada, y se lanzó al vacío, desapareciendo. Aquel no era un dursa cualquiera, sino que se trataba de Dar Cuernorrojo, el más vil, astuto y despiadado de su raza que había conocido Arnal y capitán de los ejércitos del Nigromante, mas no por ello era el más valiente, pues era escurridizo en situaciones extremas. Era el dursa de más aguante y resistencia al dolor y a la muerte. Su mayor odio y repulsión lo sentía hacia los gnomos, pues, aunque pequeños en físico, eran grandes en espíritu y resistencia.

Elezhon tensó una flecha rápidamente y Moriar se preparó para el ataque. Erezorn se percató rápidamente de varios dursas que surgieron entre las ruinas de varios edificios, uno de los cuales portaba un estandarte rojizo sobre el que relucía una inmensa N oscura y que incrustó rápidamente en el suelo. El arquero apuntó hacia él y disparó decididamente, y su flecha voló hasta clavarse en su delgado cuello. Después, los otros dursas se arrojaron rápidamente a la plaza, dando comienzo el combate entre ellos, y poco a poco comenzó a hacerse más enérgico y disperso el griterío de estos, muchos de ellos lejanos.

Sin embargo, las hordas dursas se disponían a rodearles y a acabar con ellos sin ningún tipo de piedad ni remordimiento, por lo que Elezhon debió empuñar su espada. Pero, curiosamente, no había presencia dursa en la calle central. Solo en más de una ocasión habían creído divisar sombras, posiblemente de quienes se desplazaban a través de las calles laterales. En esas circunstancias, apareció Dar Cuernorrojo entre aquellas ruinas y se detuvo al lado del estandarte.

-¡Robadle la Espada! ¡Atrapadles! –gritó. Su voz era ronca y estremecedora, envenenaba el ambiente y el aire, y para los gnomos se

hacía irresistible.

-¡Sepáremos! –exclamó Moriar, consciente de los intentos de bloqueo de los inagotables enemigos. Este se adentró a través de la calle central, siendo perseguido por un grupo pequeño de dersas, mientras el resto continuaba con los guerreros, y al final giró a la derecha y se adentró aún más en aquella inmensa y ruinoso fortaleza.

Elezhon, tras comprobar cómo aumentaba la masa de enemigos en el patio, comenzó a escalar los edificios ágilmente, y ayudado por los escombros, para encontrarse con Cuernorrojo, a quien atacó inútilmente, pues su acción fue detenida por el curvo alfanje de este. Tras ello, el capitán le impulsó y le expulsó de nuevo al patio.

-¡Cogedles! –gritó alejándose-. ¡Tejedoras, venid aquí!

Fue así como Erezorn las vio: había matado a varios dersas y su separación de sus dos compañeros le llevó a intentar desplazarse por la calle de la muralla norte, a la izquierda, dando muerte a todo derso que intentara hacerle frente a través de este. Pero cuando escuchó las palabras del capitán, se encontró con un enemigo especial obstaculizándole el paso, una gigantesca araña negra, sobre la cual montaba un derso armado con lanza y arco a su espalda. Se abalanzó contra él, esforzándose por clavársela, pero este la apartó rápidamente con su espada, la agarró fuertemente y tiró, derribándole al suelo. Acto seguido, le atravesó y, percatándose de la araña, que procedía a atacarle, rebanó sus finas patas delanteras con un decisivo movimiento de espada y la remató traspasando los múltiples y grandes ojos de su cabeza, lo que impulsó a esta a provocar un último chillido estremecedor y violento.

Tras este último ataque, se vio completamente solo. El patio estaba desierto y lo único que escuchaba era el rumor de la batalla. Cuernorrojo había desaparecido de los edificios y Elezhon había vuelto a escalarlos y a hacer frente a los enemigos que los ocupaban para, inmediatamente, internarse aún más en la fortaleza. Erezorn marchó a través de la calle norte y pronto aparecieron más arañas, pero astuto y ágil, como su compañero, ascendió hasta la muralla, logrando esquivarlas, y atravesó un muro de escombros situado más adelante que la bloqueaba junto con la calle, pasando al otro lado. Desde ahí intentó avistar al mago y al arquero, sin conseguir ver a nadie, pero, velozmente, aquellas arañas de las que había escapado escalaron los escombros y optó por descender de la muralla y evadirlas entre las calles y los edificios. Un rato después comenzó a sentir un fuerte bullicio en el este y se dirigió hacia allí.

Elezhon se encontraba en busca de Moriar, pero durante largo rato no había sido capaz de localizarle. Marchaba a través de varias calles paralelas a aquella lateral de la derecha, y fue en esos instantes cuando aparecieron dos jinetes de araña. Intentaron atacarle, pero este guardó

rápidamente su espada, sacó su arco y tensó varias flechas que disparó contra los dersas. Luego, las arañas intentaron abalanzarse contra él, una de ellas cayó fácilmente, mientras que la otra le arrojó fácilmente al suelo e intentó rematarle, pero este pudo coger a tiempo otra flecha para, con su propia mano, clavársela a la criatura en su espeluznante cabeza.

-¡Os odio, bestias repugnantes! –exclamó, mientras la mataba, aunque nadie podía oírle. En verdad, Elezhon mostraba gran pavor por las arañas, un terror alimentado desde su infancia, y en ese contexto lo empleó para imbuirse de coraje y valentía y hacerlas frente.

Una larga y despejada calle se abría, ahora, ante él y decidió seguirlo hasta que vio a Moriar en una escena preocupante, especialmente teniendo en cuenta que él portaba la Espada del enemigo. El mago se encontraba rodeado de dersas y arañas, destacando entre todos ellos Cuernorrojo y dispuestos a cumplir con la voluntad de su señor. Tras alejarse, Moriar había combatido y ejecutado a gran cantidad de enemigos, muchos de los cuales habían intentado robarle la Espada, pero en la zona este de la fortaleza, en otra pequeña plaza, se topó con el núcleo de aquella legión comandada por el capitán dersa. Dicha plaza estaba rodeada de altos edificios en ruinas y pórticos con arcos de herradura, y más al este de la misma, tras otro gigantesco arco de herradura aún conservado, se encontraba la Puerta Este de acceso al bastión, flanqueada, como la otra, por dos grandes torres cilíndricas, de las cuales la izquierda había perdido la mitad de su estructura.

Así pues, Moriar dirigió su mirada atrás suya y vio a Elezhon, que se disponía a tensar una flecha, pero tras cuyas espaldas apareció una gran araña que comenzó a acercarse lenta y sigilosamente hacia él. El mago se percató y Elezhon notó cómo los ojos de este contemplaban algo más allá de él, por lo que giró la cabeza y la vio; pero, con el arco preparado, disparó rápidamente a su cabeza, matándola al instante. Acto seguido, terminó con la vida del dersa que la había montado y que trataba de levantarse. Después, el arquero comenzó a escalar entre los edificios ruinosos, buscando un punto alto en que ayudar a Moriar, pero esto alertó a los dersas, quienes comenzaron a perseguirle y a atacar, individualmente o en parejas, al mago, quien, tanto con sus dotes de espada, como con su magia, lograba rechazarles. El arquero, desde el tejado de un edificio, ofreció apoyo al mago con su arco y flechas, así como, igualmente, debió librarse de cuantos escalaban los muros inferiores para llegar a su posición. Cuernorrojo, en cambio, observaba impotente la escena y con un grito furioso hizo aparecer, como respuesta desde el oeste, a un grupo de arañas que marcharon, sedientas de sangre, a por él, y este, para su disgusto, no encontraría más flechas en su carcaj y tendría que sacar su espada.

Entonces, las arañas se detuvieron y ambos enemigos se tantearon. Los jinetes apuntaron con sus lanzas al arquero, y poco a poco avanzaron,

haciéndole retroceder hasta el borde del tejado. Pero fue justamente en esas circunstancias cuando una espada atravesó a uno de los jinetes e inmediatamente cortó algunas de las patas traseras de la araña que montaba, manando pringosa sangre verde. El dursa cayó al suelo y la araña empezó a retorcerse, hasta que la espada le asestó el golpe definitivo. A la vista quedó Erezorn y ante su presencia el resto de dursas quedaron estupefactos, oportunidad que aprovecharon él y el arquero para ejecutarles.

Asimismo, Moriar había acabado con sus enemigos a pie y ahora se disponía a hacer lo mismo con los jinetes, que, atónitos y horrorizados por su magia, retrocedían. No obstante, Cuernorrojo produjo un nuevo rugido y estos, aún más temerosos por su capitán, se lanzaron contra el mago, y ocurrió así que los guerreros, que ya habían concluido su enfrentamiento, descendieron rápidamente hasta los pórticos y se reunieron con él. El conflicto no se alargó excesivo tiempo y cuando los jinetes fueron abatidos, los tres hombres contemplaron un nuevo llamamiento del rabioso gran dursa, distinto al resto y al cual respondieron otros pocos bramidos lejanos y una gran araña negra, de dimensiones superiores al resto y con una N rojiza gigante pintada en el lomo, que emergió velozmente entre las ruinas de los edificios de espaldas a ellos y los escaló, esquivando a los guerreros, hasta la posición de Cuernorrojo, quien montó rápidamente en ella y dirigió una mirada profunda y oscura al mago y a la Espada.

-Volveremos a encontrarnos, mago -dijo el dursa y huyó. Los tres hombres permanecieron observando en su dirección durante largo rato y tiempo después empezaron a oír, nuevamente, gritos del capitán dursa, que reunía a sus tropas. Posteriormente, el rumor comenzó a desvanecerse hasta que se convirtió en algo lejano, y los hombres quedaron envueltos en un ambiente silencioso en que lo único que oían y sentían era el viento, arrastrándose a través de las ruinas y el polvo. La batalla había concluido y ahora comenzaba el trayecto final hasta Montrimax con la seguridad de que no les seguirían.

-Salgamos de aquí -dijo el anciano-. Llegaremos a Montrimax en poco tiempo y sin más problemas con los dursas, o eso me gustaría pensar. Han recibido su derrota.

Caminaron a paso lento a través de la plaza y llegaron a la Puerta Este, que abrieron sin apenas esfuerzo, y salieron a los llanos campos, observando más allá de estos la sierra tras la cual se situaba la ciudad. En todo su entorno únicamente escuchaban el murmullo de la cálida brisa que bañaba sus cuerpos y balanceaba la fina hierba, mientras el sol filtraba sus delgados rayos a través de las densas nubes, que resplandecían luminosamente con ellos. No se observaban enemigos en la

lejanía, ni tampoco se percibía el irritable olor que desprendían.

Los tres hombres avanzaron así durante varias millas y poco a poco se fueron adentrando en un mar de olivos que ascendían gradualmente por la ladera de la sierra hasta envolverla completamente. Sus pisadas, el choque de sus piernas con las secas hierbas altas y el silencio reinante hacían brotar en el ambiente melodías propias de los tiempos de estío.

La sierra nacía en el norte y se prolongaba hacia el sur por largas millas, hasta el mar, y en el centro se producía un corte que la dividía en dos, dando lugar a un amplio sendero que, en la lejanía, era poco apreciable debido a la exuberante vegetación que en él crecía. Los hombres se encaminaron directamente, notando cómo los árboles comenzaban a cambiar y a agruparse más entre sí, y se adentraron en este. Su trazado no era recto, sino que partía en dirección noreste, ascendiendo y descendiendo continuamente por varios tramos, y era ancho y selvático, con nutridos arbustos y extensa maleza que creaban en él una atmósfera sofocante.

* * *

*

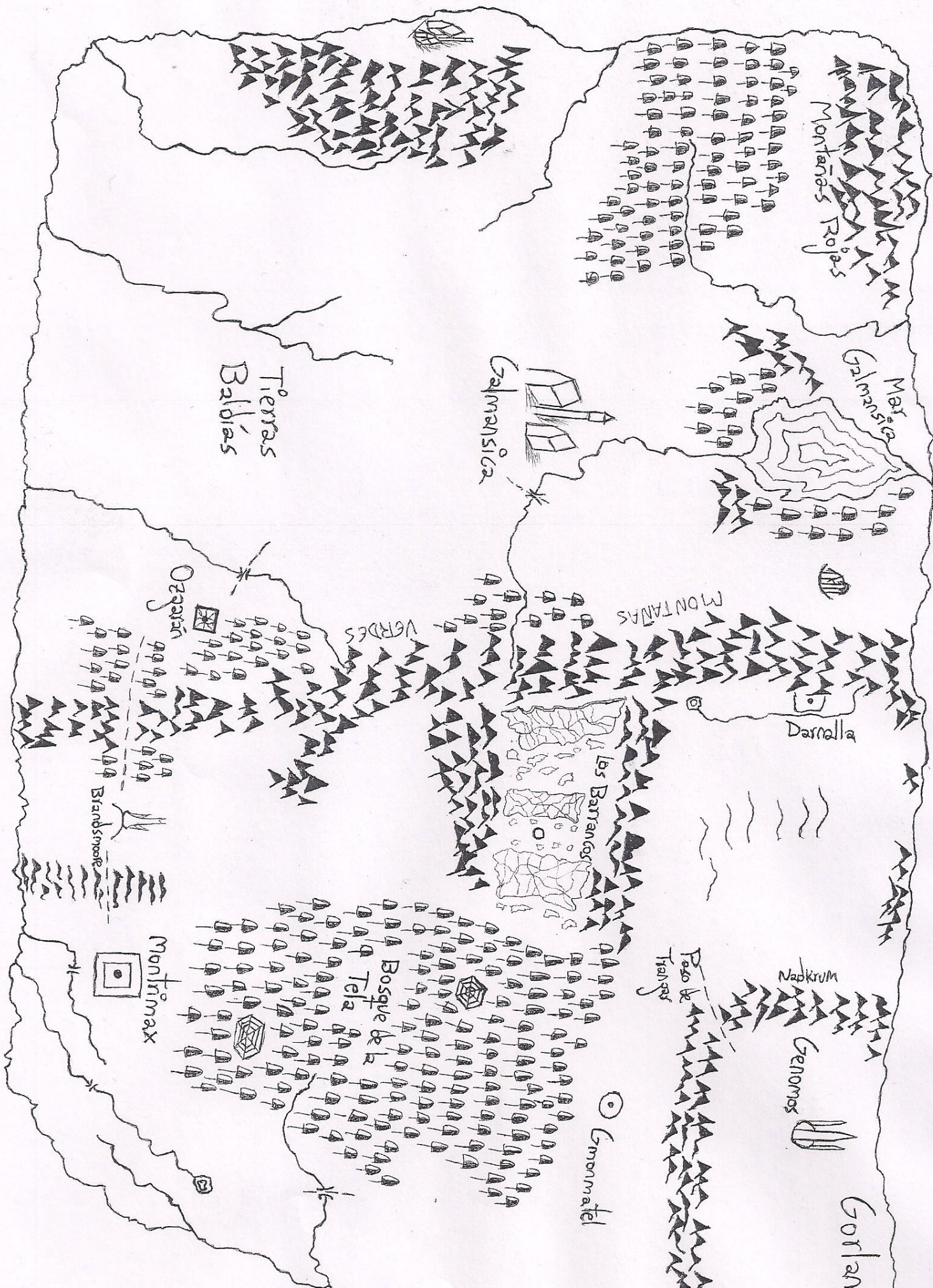
Más allá, lejanos, en los bosques de las laderas orientales de las Montañas Verdes, los dersas llegaban de la Colina de Brandsmore y se cobijaban en ellos. En la mente de Cuernorrojo el odio y la rabia se mezclaban con el desprecio y la vergüenza, consumiéndolo, si bien el temor hacia su amo, debido a las malas nuevas, era completamente inexistente. No obstante, pronto dio la orden de marchar a Gorlank.

El Nigromante era cruel y malvado, sin un mínimo rasgo de piedad por aquellos que no merecían la muerte ni por aquellos con actitudes inocentes o respetuosas para con la gente. Poseía todos los atributos para desempeñar su filosofía tiránica y anhelaba imponerla en, al menos, la Península de Ophiusa, pues había aprendido todo ello de su amo. Pero sabía que, frente a sus enemigos, debía aunar todas sus fuerzas, por ello renunciaba a la represalia para con sus súbditos, mas no, en consecuencia, a una actitud despótica en su reino.

* * *

Los guerreros y el mago, aún bajo el abrigo de las hojas y bajo la mirada y protección de los árboles y de todo aquel apacible y bello lugar que parecía apartado del caos del mundo y la guerra, comenzaron a divisar la flamante luz del sol y los campos lejanos del otro lado de la sierra. Finalmente, atravesaron completamente el sendero y en la misma salida contemplaron el espléndido entorno de la ciudad.

Capítulo 4



3. Jornada de Reflexión

Montrimax se encontraba rodeada de extensas tierras, en gran medida labradas por campesinos, con sus respectivas chozas de madera aledañas a graneros y silos, o convertidas en zonas de pasto para el ganado. Los hombres abandonaron las faldas de la sierra y avanzaron a través de estas, y aquellos que en esa mañana las trabajaban o las recorrían con su rebaño observaban de reojo a estos. Muchos de esos pastores y agricultores vivían en tales chozas, fuera de la ciudad, pero otros provenían de esta y todas las mañanas partían tempranamente para sus labores, aprovechando la frescura del amanecer. Gran parte de ellos empleaba la fuerza de trabajo de toda su progenie, especialmente debido a la alta natalidad que imperaba en aquellos momentos en la región, pero otros, quienes más podían permitírselo, solían contratar algún que otro jornalero.

De este modo, llegaron hasta el camino principal que partía de la ciudad y, después de largas millas, alcanzaron una de sus puertas, frente a la que se detuvieron. Montrimax era inmensa, cuadrada, alzada sobre un pequeño monte y conformada por dos niveles. En el primer nivel se erigían todo tipo de edificios civiles, como viviendas, hospitales, bibliotecas y otros centros de ocio; y este, a su vez, se encontraba dividido en cuatro zonas: la zona norte, la zona este, la zona oeste y la zona sur, cada una con una respectiva plaza principal coronada por otras cuatro más pequeñas. El segundo nivel tenía igualmente edificios civiles, políticos y de ocio, siendo el más importante de todos ellos el Palacio del Rey. La gente podía circular y habitar libremente en ambos niveles, pues ninguna ley ni norma establecía una separación de la población según su condición social.

La primera muralla era enorme, ancha y coronada por merlones estrechos y altos, con cuatro inmensas puertas y cuatro largas torres erigidas en cada vértice de la misma. Estas mostraban planta cilíndrica y una división en tres pisos, cada uno con gran variedad de vanos, pero su diámetro se reducía a medida que ganaban altura. Finalmente, una cúspide descubierta sobre la que descansaban dos catapultas armadas y listas para lanzar las remataban. En el segundo nivel se repetía la misma estructura, pero ninguna torre se elevaba. Tras las murallas se abría un amplio complejo de calles y barrios con grandes edificios construidos en piedra y madera, calzadas de cantos rodados, plazas rodeadas de extensos soportales y monumentales esculturas de reyes.

Los tres compañeros se encontraban frente a la Puerta Oeste, la cual, como las otras, era gigantesca y gruesa, construida en madera y metal, y cobijada por un arco de medio punto. A su vez, cuatro esculturas de bulto redondo con un magnífico detallismo y situadas en hornacinas la

decoraban. No obstante, lo que hacía aún más impresionante aquel marco arquitectónico y a aquella ciudad, aparte de su palacio, eran las dos colosales esculturas que flanqueaban la Puerta Norte y que representaban a los dioses Ansktor y a su padre Antor. Su altura era superior a la muralla y a las puertas, igualándose solo a las torres. Ansktor se encontraba a la izquierda y Antor a la derecha. El primero estaba representado con una larga cabellera y una reducida barba de gran realismo, así como marcado por un magnífico detallismo en la anatomía, la vestimenta o la espada que agarraba con su mano derecha. Antor era similar a su hijo en la posición, así como también en los rasgos físicos y en su llamativa decoración, pero sujetaba en su mano izquierda una larga vara. Los dos estaban representados como ancianos.

Así pues, varios guardias que vigilaban desde la muralla vieron detenerse frente a la puerta a los dos hombres y al mago.

-¿Quién va? -preguntó uno de ellos.

-Moriar, de los Aldraen, y dos hombres -respondió el mago-. Tenemos asuntos urgentes que tratar con tu rey.

Los soldados les observaban atentamente, intercambiando miradas entre ellos. Vestían ligeras cotas de malla reforzadas por robustas armaduras de placas formadas por corazas y escarcelas, hombreras y brazales, rodilleras y grebas, así como guanteletes, todo ello plateado y brillante; a su vez, protegían su cabeza con yelmos sin visera y con un pico de águila como protección para la nariz, de igual forma que sobre las corazas había plasmado un águila con las alas y patas desplegadas y la diminuta cabeza girada hacia la derecha. Todos aquellos apostados sobre la muralla portaban arcos oscuros revestidos de ornamentos plateados y largas y afiladas espadas envainadas.

Fue en esos momentos cuando apareció un hombre alto y erguido, con una armadura similar a las otras y que también mostraba representada el águila, pero de distinta forma, de tonos dorados apagados y con múltiples motivos ornamentales. No llevaba casco y presentaba oscuros y largos cabellos, así como una recortada barba. Era Licuo, el capitán del ejército de la ciudad y principal embajador del rey en Ophiusa. Miró a los tres hombres, pensativo.

-¡Abrid las puertas! -gritó.

Estas comenzaron a moverse gracias a los fornidos soldados que la empujaban desde dentro y, abiertas plenamente, los tres hombres entraron en la ciudad, cerrándose, de nuevo, tras ellos. Frente a ellos encontraron una amplia plaza abarrotada de gente y rodeada de pórticos que cobijaban las entradas a los hogares que se alzaban sobre ellos, y de esta partían cuatro calles que, comunicando con otras, se distribuían por

toda la ciudad. A su vez, en el centro se alzaba una fuente circular con figuras esculpidas en ella.

El capitán descendió de la muralla y se encontró con los hombres.

-Salve, Moriar el mago -dijo el capitán haciendo una reverencia, que los otros tres también imitaron-. Su presencia aquí confirma sin lugar a duda la realización del esperado concilio.

-Así es, el momento es inminente. Ellos son mis acompañantes para tal acontecimiento -señaló a los guerreros-. No obstante, desearía poder hablar con tu rey, si está disponible en estos momentos.

-Por supuesto. Os conduciré hasta el Palacio.

El capitán les guio a través de la más ancha de las calles que salía de la plaza, la cual enlazaba con la vía principal de la ciudad, pues todas las plazas principales presentaban una calle grande que comunicaba con la más importante, la cual rodeaba en dos brazos toda la cumbre y la segunda muralla, albergando grandes negocios y lugares de ocio, además de variedad de viviendas.

-¿Ha sabido de alguien más cercano al concilio que se haya presentado ya en la ciudad? -preguntó preocupado Moriar.

-No, por el momento. No ha habido gran movimiento estos últimos días. Aunque son tiempos de incertidumbre en el mundo, son tiempos tranquilos en la ciudad -posó su mirada sombría sobre Moriar-. Pero en el fondo temo que pronto acabará esta tregua. Continuaron por la vía, hacia el sur, y llegaron hasta una pequeña pero relevante plaza circular, donde también comunicaba la otra sección paralela de dicha vía y donde descansaba la estatua de un antiguo rey. Al norte de dicha plaza, otra calle ancha partía hasta llegar a la Puerta Sur del segundo nivel, y cuando llegaron a su altura, el capitán dio la orden a los guardias para que la abrieran.

Al otro lado, se encontraba el Palacio Real, cuya majestuosidad y monumentalidad impresionaba a ambos guerreros. Enfrente de este había un patio circular de fina y fresca hierba verdosa, rodeado por árboles y en cuyo centro había una fuente con una estructura piramidal rematada con un águila que miraba hacia el palacio.

Este era inmenso, con una alargada basílica de paredes sostenidas por contrafuertes y una hermosa fachada flanqueada por dos torres cilíndricas rematadas en chapitel. Pero, independientemente de las torres, toda la fachada mostraba una estructura piramidal y estaba compuesta por tres cuerpos, presentando el primero de ellos un amplio pórtico formado por delgadas columnas que sustentaban trece amplios arcos de medio punto,

siendo el central el más alto y el que cobijaba la única entrada. Sobre los arcos y tras una cornisa, se disponía una fila horizontal de grandes vanos cuadrados rematados con frontones semicirculares y triangulares. Nuevamente, sobre estos, volvía a aparecer otra segunda cornisa y, a continuación, una prolongada balaustrada sobre la que descansaban diez estatuas de reyes antiguos muy juntas entre ellas. Finalmente, otra imponente águila con las alas desplegadas y la mirada perdida en el sur remataba la fachada.

Los cuatro hombres se detuvieron frente a las puertas. Dos fornidos guardias de armaduras plateadas y yelmos con cresta grisácea, sin cota de malla y con un largo faldón que cubría la totalidad de las piernas, las vigilaban constantemente. Las abrieron y estas dieron acceso a un largo e iluminado pasillo de un brillante suelo de baldosas negras y blancas sobre el que había una alfombra roja de bordes decorados con hojas y rosas doradas. Las paredes eran blancas, con pilastras separadas en buen tramo unas de otras que portaban pequeñas lámparas negras. Los cuatro hombres entraron y lo recorrieron. Luego, giraron a su derecha, donde este se ensanchaba y daba lugar a unas inclinadas escaleras. Ascendieron a través de ellas y llegaron a una amplia sala de gran altura e iluminación, ocasionada por la multitud de vastos ventanales que se abrían en las paredes laterales. Presentaba tres naves, elevándose a cada lado de la central una fila de gruesos pilares que, como ramificaciones, formaban en el techo un compendio de nervios de piedra, entrelazados entre ellos; y frente a cada uno de ellos, un guardia velaba por la seguridad del rey. Sobre el suelo, nuevamente, una alfombra roja con motivos vegetales se extendía en línea recta, desde las escaleras hasta llegar al trono de piedra, al final de la sala.

Sobre este, había sentado un hombre de rostro envejecido y cabello grisáceo, que vestía una túnica negra y portaba sobre la cabeza una corona dorada, pero de escaso brillo. No portaba arma ninguna. Los cuatro hombres llegaron hasta él y el capitán habló.

-Salve rey Aenor –dijo, haciendo todos ellos una reverencia-. E aquí el mago y sus acompañantes.

-Gracias capitán por traerlos hasta mí, puede retirarse –su voz era ronca y cansada, y miraba extrañamente a los dos hombres que acompañaban al mago. El capitán Licuo, por su parte, realizó una nueva reverencia, dio media vuelta y marchó en dirección a las escaleras, donde permaneció-. Salve, venerable anciano. Tus objetivos se cumplen satisfactoriamente –dijo sonriente, pero el rostro de Moriar era serio-. Meses hace que lo planeaste y finalmente lo lograste.

-Salve Aenor, hijo de Drenor, rey de las tierras de Ophiusa. Lo que su majestad declara es cierto, aunque he de destacar que no habría podido ocurrir de otro modo de no haber sido por su ofrecimiento para convocar

aquí el concilio. No obstante, he de informaros que, tiempo después de recibir vuestra notificación, sufrí persecuciones de los dersas, al igual que mis acompañantes -Aenor se inclinó, esperando que el mago se explicara en sus palabras-. Ello se debió al motivo de lo que mostraré en el concilio -entonces miró a Erezorn-. Él es Erezorn, alguien con quien mantengo una gran amistad desde bastantes años atrás y que siempre supo de mis intenciones de celebrar el concilio, pero que, en un principio, rehusó aceptar acompañarme. Así fue hasta ayer mismo, cuando supe que a él también le perseguían y decidí volver a su poblado, Ozgaran, dispuesto a sacarle de allí conmigo -miró al otro hombre-. Huyendo hasta aquí, nos encontramos con él, Elezhon, a quien también hablé, aunque no plenamente, del concilio; solo Erezorn conoce en profundidad mis planes.

-¿Habéis sido perseguidos desde Ozgaran?

-Así es, mi señor. Fueron rápidos y consiguieron dominar toda la zona intermedia entre la aldea y la ciudad, esperando atacarnos en la Colina de Brandsmore. Esta mañana libramos allí una ardua batalla contra ellos y su nuevo líder -Aenor quedaba atónito ante las malas que contenían la narración del mago.

-El enemigo se mueve de nuevo. Tenía conocimiento de movimientos dersas en el norte, pero desconocía esta desgracia. Los tiempos oscuros vuelven de nuevo, mas ¿no me hablarás del motivo de tu persecución?

-No puedo arriesgarme, a menos que aparezca Sedals aquí -no pretendía mostrarle la Espada aún, pero tenía planes con su compañera si lograba llegar a la ciudad antes del concilio.

-¿La druidesa?

Moriar asintió. Sedals estaba dotada de maravillosos poderes. Su amor hacia la naturaleza, los animales y las razas le hizo experimentar en el pasado una fuerza espiritual capaz de hacer frente poderosos hechizos malditos, magia que aún conservaba.

-Su magia puede sernos útil para el concilio y, muy especialmente, si triunfa, para lo que vendrá después -tras decir eso el eco recorrió toda la sala, luego esta quedó en completo silencio. Ni siquiera se sentía el rumor del viento, solo sus voces, y no quiso continuar hablando con los guardias del monarca presentes-. No diré ninguna palabra más hasta llegado el debido momento.

-Entiendo tu postura, de modo que callaré en mi obstinación por conocer tus intenciones -sus ojos buscaron al capitán al final de la estancia, en las escaleras-. ¡Capitán! Lleve a estos hombres a la zona norte y que se hospeden allí -ahora volvió a mirar a aquellos tres-. Licuo os informará cuando el resto de miembros del concilio hagan aparición. Entre tanto,

descansad. Vuestro esfuerzo estos últimos días lo merece.

Realizaron una nueva reverencia, dieron media vuelta los cuatro y marcharon hacia las escaleras para salir del palacio. Aenor los miraba fijamente, bajó sus ojos un instante y suspiró. Había un último aspecto que no le había comentado al mago.

-Moriar –le llamó y este se giró-. Hay algo que no te he comentado. Lortrey de Konstantanne y Klíon de Gbonballia no asistirán al concilio - ante estas palabras, Moriar quedó petrificado y no pronunció palabra alguna, pero al contemplar el rey su mirada, este continuó, en un intento de consolarle ante tales tajantes palabras-. Sin embargo, enviarán como sus representantes al gobernador Olmo y Merovio de Gmonmatel y Darnalla, por lo que no has de preocuparte en absoluto. El concilio se llevará a cabo con o sin presencia de los monarcas.

Moriar se mantuvo callado y dio media vuelta, dispuesto a continuar el camino hasta la puerta del palacio, bastante disgustado y molesto por la noticia. El capitán, Erezorn y Elezhon le observaban, esperando una reacción por su parte, pero lo único que sentía Moriar en ese momento era impotencia. Cuando salieron del edificio, el capitán fue el primero en hablar.

-En verdad, lo lamento, Moriar –dijo, completamente sincero.

-No puedo entrar en su mente como tú, pero desconfío de él -comentó Erezorn.

-Todos desconfían de sus palabras y actos –declaró Moriar, en cuyo tono se percibía el malestar-. De algún modo era consciente de que esto no saldría adecuadamente.

-Posiblemente los gobernadores nos benefician. Puede que no todo esté perdido –añadió Elezhon.

Moriar, por su parte, no comentó nada más, pues sabía a la perfección qué voluntad movía a los representantes. Asistirían en nombre de los reyes y, por tanto, hablarían en nombre de ellos, de modo que estos no antepondrían a la voluntad de sus majestades la suya propia.

-¿Quién te asegura que los monarcas no aceptarían tu plan? -volvió a preguntar Elezhon.

-Yo mismo, pues desafortunadamente les conozco demasiado. Se preocupan por conservar sus vidas y prefieren aguardar tras los muros los ataques enemigos antes que actuar contra ellos. ¿Cuánto tiempo resistirían empleando esa táctica? Sobrevivir a cientos de batallas tras las murallas o delante de ellas no convierte una guerra en victoria.

Escondarse y no actuar en el momento preciso solo nos deja en manos del enemigo. Es entonces cuando no hay escapatoria, cuando el mal comienza a apoderarse de todo y las armas y las murallas dejan de tener valía - hubo una pequeña pausa en que el mago suspiró y luego reanudó la conversación-. Pero Hubo un tiempo en que los gobernadores no se resignaron a ser oprimidos. En plena Gran Guerra los grandes gobernadores intentaron expulsar incansablemente el mal que dominaba estas tierras. Su destreza, su poder y astucia, su coraje y amor por sus dominios les unía. Sus valores jamás les permitieron abandonar Arnal al fuego y a la muerte.

Los cuatro hombres salieron del segundo nivel y se dirigieron a la parte norte de la ciudad, pero ahora en silencio. Anduvieron por unas pocas calles estrechas, con los ojos de la gente que susurraba entre sí posados constantemente sobre ellos y llegaron hasta una plaza en cuyo centro se alzaban pequeños árboles de estrecho tronco. En ella, había una pequeña casa en la cual serían acogidos los viajeros. Esta, de dos pisos, era simple y modesta tanto en interior como en exterior, pues la fachada no mostraba gran decoración ni complejidad en cuanto a la disposición de los materiales y elementos arquitectónicos. Los bloques de mármol se encontraban dispuestos de forma rectangular y una cornisa señalaba la división del edificio en dos pisos: el primero se componía de una puerta de entrada realizada en madera y con ornamentos metálicos, en cuyos lados se alzaban dos columnas que sustentaban un frontón triangular. Dentro, la estructura era sencilla, con un reducido espacio cuadrado con una escalera de acceso al piso superior. Tras la cornisa se alzaba un ancho balcón sustentado por dos volutas gigantescas y algo oscurecidas, que a cada lado disponía de una simple ventana, y sobre esta estructura se encontraba la techumbre, plana en interior y a dos aguas en exterior, formada de tejas rojizas. En su interior, finalmente, la estancia mostraba una estructura compuesta por un pequeño salón que comunicaba con el balcón y una diminuta habitación a su derecha. En dicho salón había una pequeña cama, una chimenea y una mesa de madera desgastada con cuatro sillas viejas. Por su parte, la habitación presentaba otra cama algo más grande.

Así pues, los hombres llegaron hasta la entrada de aquella casa y el capitán sacó una llave dorada y anticuada de uno de los bolsillos de su pantalón.

-Aquí os alojaréis los tres el tiempo que dispongáis permanecer en la ciudad -dijo y abrió la puerta, luego entregó la llave a Moriar.

Dentro, en el piso bajo la luz entraba enérgicamente a través de una ventana, provocando las abundantes partículas de polvo presentes en el ambiente de una casa abandonada con el paso de los años. Sin embargo, la negrura y oscuridad de aquellas zonas a las que la luz no alcanzaba la

conferían cierto aspecto lóbrego.

Los hombres entraron y ascendieron lentamente las escaleras, y una vez arriba y comprobado el aspecto de la vivienda, el capitán se despidió.

-He de volver a mis cometidos. Si algún miembro más del concilio llega a la ciudad, seréis informados inmediatamente.

-De acuerdo, gracias por sus servicios capitán –dijo Moriar, que no deseaba dirigir una palabra más, sino descansar de los muchos problemas que habían surgido en ese y previos días. Por tanto, se acomodaron rápidamente y se repartieron las camas, ofreciéndose Moriar a descansar en otro lugar que no fuera una cama, pudiendo Elezhon y Erezorn disfrutar de ambas. Tras esto, almorzaron una pequeña porción de comida y luego los guerreros durmieron durante unas pocas horas. Mientras, Moriar permanecía sentado en una silla frente al balcón y observaba el exterior, aquel cielo azul atormentado por las nubes, los árboles de hojas marchitas y los edificios que rodeaban aquella reducida plaza. Fuera, podía oírse el tumulto de voces infantiles y adultas que infestaban aquella plaza.

Pero la mente del mago cabalgaba más allá de ese lugar. Se encontraba envuelto en una maraña de pensamientos y preocupaciones, preguntándose dónde estarían el resto de miembros de los Aldraen y qué estaría ocurriendo en ese momento en el resto del mundo.

Posteriormente, aún con el sol en alto y sus rayos cayendo radiantemente sobre las tierras, el capitán volvió a aparecer con nuevas y afortunadas noticias.

-Observo que os habéis adaptado eficazmente, a pesar de la estrechez de la vivienda.

-Por supuesto, capitán –dijo Moriar-, pero no necesitamos de tus servicios por ahora. Hemos encontrado lo indispensable para nuestro disfrute aquí durante estos días.

-Me congratulan tus palabras anciano –dijo e hizo una pequeña inclinación de cabeza-. Pero he venido a comunicaros la llegada de la druidesa - Moriar miró atenta y satisfechamente al capitán-. Llegó a la ciudad hará no menos de una hora y la conduje a palacio, donde entabló conversación con el rey. Aún no ha concluido la reunión.

Moriar pensó en esos momentos acudir allí y así poder conversar sobre asuntos del concilio junto a Sedals, pero deshizo tal idea y se centró en obtener más información del resto de miembros.

-¿Qué hay de Vartias y Tharat? ¿qué hay de los representantes reales?

-No hay nuevas de ellos, ni conocemos de acontecimientos o problemas que hayan podido surgir en las cercanías de la ciudad y en los que pueden haberse visto involucrados. Me temo que tendremos que esperar hasta mañana o, al menos, hasta esta noche.

-¿Dónde residirá Sedals? He de hablar con ella en privado.

El capitán le informó de la ubicación de la vivienda preparada exclusivamente para ella, pero no acudió inmediatamente, sino que esperó. Fue así como continuaron hablando de cosas menores y como el día se hizo cada vez más profundo y negro. Con la llegada de la noche, el mundo se consumió en una permanente oscuridad que a muchos atemorizaba, pero que a otros reconfortaba. Por toda la ciudad resplandecían, parpadeantes, las antorchas, y más allá de esta podían vislumbrarse las Montañas Verdes, cuyas prolongadas cumbres se encontraban iluminadas por la fría y clara luz de la luna.

En torno a un par de horas después, cuando la ciudad se encontraba sumida en el silencio y en el oeste surgía un rumor de tormenta, Moriar marchó a la morada de Sedals, llevando consigo la Espada del Nigromante. Esta se encontraba a pocas calles, en otra pequeña plaza de un estilo y estructura arquitectónica semejante a la de estos, con múltiples viviendas, contiguas unas de otras, que la rodeaban, pero con la diferencia de que la Puerta Norte estaba más cercana. Fuera de estas o en sus balcones, muchos conversaban mientras disfrutaban la brisa fresca de la noche, al igual que otros tantos salían a pasear, habiendo quienes recorrían la ciudad a buen paso.

Así, el mago llegó hasta la puerta de entrada del hogar de Sedals, un edificio con dos plantas, contando, únicamente, el primero de ellos con una entrada compuesta por una simple puerta de madera mustia y oscura, adornada con escasos ornamentos metálicos, y flanqueada por dos columnas de piedra simple, que daba acceso a un estrecho recibidor con unas escaleras que conducían al segundo piso. Este último, en exterior, estaba delimitado respecto al inferior con una delgada cornisa y presentaba un balcón simple, de base cuadrada y sin rastro alguno de desgaste; y en su interior, las escaleras daban lugar a un angosto salón que presentaba una chimenea negra, una mesa de madera clara, pero marchita, y una pequeña cama.

Moriar llamó a la puerta y tras varios segundos de silencio, alejados y poco perceptibles, comenzaron a oírse pequeños pasos al otro lado que, según se acercaban, se iban haciendo más audibles. Cuando cesaron, la manilla de la puerta giró ágilmente y, seguido, se abrió la vieja puerta cuyos adornos brillaban débilmente en la penumbra producida por las antorchas. Del interior, a su vez, emergió un intenso haz de luz

anaranjado, al mismo tiempo que asomaba el rostro envejecido, severo y ensombrecido de la druidesa Sedals, un rostro que reflejaba calma, tranquilidad e, incluso, esperanza.

-¡Moriar! -exclamó Sedals, sorprendida de verle sano y salvo después de todo lo que le había adelantado el rey respecto a su trayecto hasta la ciudad. Su pelo era blanco y brillante como la nieve, sus ojos grandes y verdosos, al igual que la larga túnica que vestía, la cual mostraba hermosos motivos naturales, como hojas, ramas y flores, bordados en oro-. ¿Cómo te encuentras? El rey me ha informado de tu problema durante el camino desde Ozgaran.

-Sobreviví y sobreviviré, para desgracia de nuestro enemigo -dijo y ambos hicieron una reverencia, tras lo cual Sedals dio paso a Moriar y ascendieron hasta el piso superior. Allí arriba, se sentaron en dos sillas, frente al balcón, uno al lado del otro, siendo Sedals quien continuara la conversación con la intención de averiguar más sobre su compañero.

-Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos vimos -dijo, cogiéndole la mano-. ¿Qué ha sido de ti? ¿por dónde has vagado? Solo conozco de estos últimos meses todo cuanto me ha contado Aenor.

Ella también era una mujer adulta, casi anciana, pero sentía una gran afección por aquel hombre encorvado de ojos cansados, pues era el mago con quien más se había relacionado a lo largo de su vida, con quien estaba vinculado por lazos de amistad muy fuertes y con quien más había trabajado para contrarrestar la magia no solo del Nigromante, sino también la de su amo.

-Estos últimos meses han sido bastante amargos, en especial este -se mostró pensativo y dudaba si debía contarle su plan, pero optó por no hacerlo y esperar al concilio-. Mañana, en el concilio, expondré un plan. Ese plan es el causante de todos los inconvenientes que se sufrido en estos días y es el principal motivo por el que quería convocar el concilio. Lo único que puedo contar por ahora, es que, de no haber sido por el objeto y los conocimientos que porto, posiblemente nada de esto sería real -Sedals frunció el ceño ante tales palabras, pero no preguntó y dejó que continuase. Moriar, en cambio, no habló, sino que, se puso su guante y sacó la Espada. Lo primero que llamó la atención a los ojos de Sedals fue el símbolo de la empuñadura-. Esta Espada pertenece a nuestro enemigo. Es su principal arma y está imbuida de parte de su alma. Es largo de explicar cómo la encontré, pero es la principal causante de la persecución dursa que sufrí. Al igual que yo, tú conoces esta magia a la perfección, pero no puede controlarse.

-Si mal no recuerdo, la Vara de Thérvas era y sigue siendo el único objeto capaz de realizar tal magia. Siempre he pensado que era muy extraña y peculiar, como ningún otro objeto que se haya visto antes sobre

este mundo.

-Así es. Por tanto, la Vara es lo único capaz de destruir esta espada. Como recordarás fue robada de donde la escondimos los magos al inicio del alzamiento -Sedals asentía, atónita-. Él la posee, aunque su Espada ya contenía su alma desde antes de la caída de su amo.

-¿La obtuviste anteriormente a su derrota? Nunca lo comentaste, ni siquiera yo lo sabía.

-Lo mantuve en secreto tanto como pude, pero en el fondo el Nigromante sabía que yo la tenía. Solo necesitaba saber dónde me encontraba y lo consiguió cuando la toqué sin mi guante -lo señaló y Sedals le observaba boquiabierta, y prosiguió-. Lo sé a la perfección, sin ningún atisbo de duda, la Espada contiene su alma, pero también un embrujo que debilita a todo aquel que la toca. Fue así como me encontró él y como descubrí el poder que contenía -calló unos instantes, suspiró y continuó-, e igualmente fue así como conseguí descubrir que esta Espada no era el único elemento que contenía parte de su alma -la preocupación de la druidesa aumentó-. Sí, Sedals, hay otro más y sé dónde se encuentra -este le relató qué era y su situación, y si bien la Espada contenía mayor poder, el segundo elemento aterró verdaderamente a esta-. Si ambos fuesen destruidos, él también lo sería. Es el mismo principio que considerábamos con Thérvadas, solo que dudábamos que así hubiese actuado él. En cambio, esta Espada confirma nuestros mayores temores sobre su sucesor.

Sedals suspiró, considerando que el concilio no podría solucionar este problema que, para ella, acababa de surgir, pues se mostraron como verdaderos inconvenientes para derrotar al enemigo.

-¿Quién más es consciente de esto?

-Solo tú, yo y mis acompañantes. Nadie más. En el concilio será explicado todo, todos sabrán el poder que oculta el Nigromante y la única manera de destruirle, pero antes de ello necesito tu ayuda -el rostro de Sedals se serenó y escuchó atentamente-. Si bien el fragmento de alma no puede arrebatar, salvo por medio de la Vara, el embrujo que contiene sí puede destruirse por medio de la magia común, y tú, más que nadie, conoces esta clase de embrujos, la magia oculta detrás de la naturaleza, de cada vida, de todas las cosas.

-No toda, Moriar, pues hay aspectos que escapan a mi control. Sin embargo -titubeó unos instantes-, intentaré ayudarte -el mago dejó la Espada con la intención de quitarse el guante, pero Sedals le detuvo-. No, no lo necesitaré.

-No dudo de tu fuerza, pero si no lo haces, te verá.

-Entonces le haré contemplar cómo destruyo su propia magia -Sedals agarró la empuñadura e instantáneamente sintió una sacudida y, acto seguido, entró en un mundo de sombras y oscuridad. A su alrededor solo aparecían imágenes, visiones que ella consideraba recuerdos del alma de su propietario, pero sentía un dolor punzante atravesándola el corazón. Vio un hombre, moribundo y viejo, sentado sobre un trono de roca oscura y con el rostro ensombrecido y oculto, vio ejércitos dersas comandados por uno de mayor estatura, vio una gigantesca araña y una larga y tenebrosa serpiente, y una gran Roca esférica fracturada; vio la Vara de Thérvadas y, finalmente, la Torre Oscura, sus estancias, que permanecieron constantemente frente a ella, y escuchó una voz maliciosa que la llamaba ininterrumpidamente. Pero no se dejó llevar por el poder de su enemigo y cerró los ojos, observando en el interior de la Espada y luchando contra el magnánimo poder que contenía. Poco a poco, aunque nada podía hacer contra el fragmento de alma, comenzó a controlar la magia y a sentir cómo aquel punzante dolor desaparecía y cómo las sombras se desvanecían, mientras los ojos atónitos y furiosos del Nigromante la contemplaban. Trató de realizar un contra hechizo, pero Sedals fue más rápida y lo combatió. Cuando toda la oscuridad prácticamente había desaparecido, la druidesa concentró todo su poder en el embrujo, entró en la raíz del mismo y lo destruyó.

Abrió repentinamente los ojos, agotada y jadeante. Había vuelto a la realidad y palpaba con sus propias manos la Espada sin sentir magia alguna procedente de ella. Moriar contemplaba con orgullo y regocijo a su compañera y esta le devolvió una sonrisa y una mirada de alivio. En la Torre Oscura, el Nigromante se retorció de ira, odio e impotencia, mientras maldecía a la druidesa.

La druidesa le entregó la Espada al mago y este, sin guante alguno, la agarró, comprobando que, efectivamente, su maldad había desaparecido.

-Mi querida Sedals, tu poder nunca dejará de sorprenderme, y aunque puedas pensar lo contrario, siempre serás la maga más poderosa de Arnal.